

ción de toda autoridad en manos del rey—papa, que por la *Declaración de supremacía* (1534) quedó revestido de la autoridad absoluta en lo civil como en lo eclesiástico; Cromwell era su vicario general. Pronto, cuando el clero estuvo á sus pies, y las iglesias resonaban con la apoteosis de la supremacía real hecha en el púlpito, el vicario hizo una selección de dogmas y la publicó; sólo se admitieron en ella la Biblia y los *tres credos* como regla de fe; se redujeron á tres los sacramentos (Bautismo, Penitencia y Eucaristía); se condenaron el Purgatorio, las Indulgencias, etc.; el arzobispo Cranmer, agente servil de toda esta transformación, recibió la Biblia inglesa de manos del rey.— A esto siguió un régimen de persecución y terror que duró diez años; Inglaterra se erizó de cadalzos; las rebeliones de la nobleza y de las clases rurales, apegadísimas á la antigua fe, fueron ahogadas en sangre, y el hacha del verdugo cercenó la noble cabeza de More; el Parlamento sólo daba leyes de excepción (*bills of attainder*) y las libertades inglesas estaban á los pies del rey, que instigado por Cromwell, creaba una nueva nobleza, enriquecida con los despojos de la Iglesia, la que hoy todavía forma la parte principal de la aristocracia inglesa (Hallam). Naturalmente los protestantes, al principio furiosamente perseguidos, acabaron por identificarse con aquel movimiento.— Entretanto, Ana de Boleyn, que merece poco las simpatías de la historia, había muerto en el cadalzo; su sucesora, Juana Seymour, al dar á luz al que fué Eduardo VI. Ana de Cleves (fea princesa alemana que Cromwell encontró para iniciar una alianza entre los príncipes protestantes alemanes, Francia é Inglaterra contra Carlos V, lo que habría hecho luterana á la Alemania entera), fué llamada al tálamo del sátiro coronado; la repugnancia de éste trajo la caída y la muerte del primer ministro, cuya depravación política no le priva de ser un personaje muy interesante en los anales ingleses, todo superado por su homónimo el gran Cromwell del siglo XVII. Los nuevos ministros moderados hicieron casar al rey con Catalina Howard, una licenciada que murió á manos del verdugo; Enrique, casado de nuevo con Catarina Parr, murió al fin en 1547. Su nombre está ligado con el apogeo del absolutismo de los Tudors y con la constitución de la Iglesia anglicana.

LA CONTRA-REVOLUCION.

LAS GUERRAS DE RELIGION.—FELIPE II.

(SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XVI.)

1. La Compañía de Jesús.—2. Los Concilios de Trento.—3. Calvino; su doctrina; la teocracia cantonal de Ginebra.—4. Felipe II y María Tudor; organización del absolutismo español; la Inquisición; hegemonía católica del rey de España.—5. Emancipación de las Provincias Unidas.—6. Isabel de Inglaterra.—7. Los Valois y las guerras de Religión.—8. Enrique de Borbón, rey de Francia.—9. Decadencia de la monarquía española.

1. *La compañía de Jesús*.—La Iglesia ha encontrado siempre el secreto de renovar su vitalidad en las ordenes monásticas, porque, al nacer, presentan á los pueblos modelos de vida cristiana pura y vigorosa; entonces la palabra de los predicadores va revestida del prestigio soberano del ejemplo. Esto había sucedido en el siglo VI con los benedictinos; en el XI, con las ordenes cluniacenses; en el XIII, con las mendicantes; esto sucedió en el siglo XVI, en la crisis más temerosa que la Iglesia ha sufrido, con la Compañía de Jesús.—El anhelo por crear en la Iglesia eminentemente mundana del Renacimiento, núcleos de reforma moral, había dado origen á los *teatinos*, especie de orden aristocrática en que se debía vivir de limosna sin pedirla; á los *capuchinos*, rama nueva de la religión franciscana, y más tarde á la congregación del *Oratorio*, fundada por Felipe Neri; pero ninguna estaba destinada á la inmensa celebridad de la sociedad imaginada por Ignacio de Loyola. Era éste, por los años de 1521, un caballero español, llamado D. Iñigo López de Recalde, que después de un azarosa vida militar encontraba alimento propio para su imaginación exaltada y su espíritu aventurero, en la lectura de los libros caballerescos y en las biografías, con frecuencia heroicas, de los santos, mientras curaba de una herida en su casa solariega de Loyola, en Guipúzcoa. De ahí salió resuelto á acometer una gran empresa, como verdadero español del siglo XVI, y á que ésta redundase en honra y gloria de Dios: renovar las cruzadas por medios puramente sacerdotales; qué obra podía ser más meritoria y más difícil! Para que su empresa fuese más hacedera, rehizo con voluntad inflexible su educación, y abandonó los excesos de la vida ascética, que creía nocivos; después, molestado con frecuencia por la Inquisición, marchó á París, ahí atrajo á sus ideas á varios de sus coterráneos (Lainez, Francisco Javier, Salmerón); hicieron todos *votos de pobreza y castidad*, y unidos á otros her-

manos franceses, después de algunas peripecias, de terribles crisis interiores de luchas con los jefes de la Iglesia, y ya convertidos todos en sacerdotes, formaron la compañía definitivamente constituida por medio de una bula de Paulo III en 1540. A los votos primitivos agregaron el tercero de *obediencia absoluta*; «la renuncia de la voluntad propia vale más que resucitar á los muertos,» decía San Ignacio; y á este tercer voto siguió el cuarto de «*consagrar su vida al servicio perpetuo de Jesucristo y del Papa.*»—El espíritu militar del fundador dominaba en todo; la nueva orden era una compañía ó cuerpo militante, destinado, sobre todo y ante todo, al combate; por eso debía obedecer como un solo hombre é incondicionalmente á su general, que era «la personificación de Jesucristo mismo,» y obedecer sin miedo, porque «ninguna tempestad es tan funesta como la calma y ningún enemigo tan peligroso como no tener enemigo alguno.» Las armas de la milicia nueva eran la predicación, la enseñanza, las publicaciones literarias, científicas y políticas, y, si esto no bastaba, los medios materiales: la fuerza, la astucia, la persecución; en suma, dominar á los gobernantes, educar á los gobernados. ¿Y quién era el enemigo? Los infieles sin duda, y Francisco Javier fué á iniciar en el Extremo Oriente la era heroica de las misiones jesuitas; pero principalmente los herejes, los protestantes; contra ellos fué dirigido principalmente aquel maravilloso instrumento de guerra.—Pronto la Compañía se propagó; los países católicos le abrieron las puertas, y en seguida fué la directora de las conciencias, la consejera de los príncipes, la maestra de los pueblos; España y Portugal, Francia, los Países Bajos, Italia, Alemania misma luego, se sintieron bajo su influencia, á pesar de la oposición de muchos excelentes obispos, como Silíceo en España, el famoso preceptor de Felipe II y cardenal de Toledo. La guerra de los jesuitas á la secta protestante fué implacable y perenne; en Alemania dirigió la lucha el sabio y virtuoso Canisio —Cierto, no fué la Compañía de Jesús la que salvó al catolicismo de la destrucción, fué la inmensa vitalidad de la Iglesia, su constitución vigorosísima, su historia, sus raíces en el mundo latino y semi-latino; pero la Compañía, admirablemente disciplinada, contribuyó á esta obra en primer término; ella organizó é hizo definitiva la contra-revolución religiosa en la Alemania del Sur, en Hungría, en Bohemia, en Polonia. Se ha comparado á Lutero con San Ignacio; éste es superior á aquél por la pureza y santidad de la vida; mas el otro le supera por la maravillosa inteligencia de la índole germánica, por la elocuencia adecuada á esa índole, por el resultado gigantesco de su empresa. En suma, la Compañía luchaba por la libertad metafísica que negaba Lutero; mas la obra de éste preparaba la emancipación social y política, y la de San Ignacio debía acabar por ser obstáculo

á toda tentativa de emancipación de las ideas. Ambos creyeron cumplir con un deber supremo.

2. *Los Concilios de Trento.*— El varón santo que con el nombre de Adriano VI ocupó el solio pontificio en 1522, decía á la Iglesia: «Es cierto que en los últimos tiempos los soberanos pontífices se han hecho responsables de actos abominables, de graves abusos en los asuntos espirituales, de excesos en sus determinaciones y que en todo había perversión. ¿Cómo espantarse de que el mal se haya difundido de la cabeza á los miembros? Todos hemos abandonado el camino de la justicia..... Cumpliremos celosos con nuestro deber, á fin de que la curia romana, de donde todo el mal ha venido quizás, sea la iniciadora de la reforma; tanto más obligados nos creemos á ello, cuanto nos consta, más que á nadie, el ardor con que el mundo anhela la reforma del papado.» De todo ello infería el Pontífice la necesidad de convocar un Concilio ecuménico en una ciudad alemana (vid. Janssen, II). Pero sus sucesores, amedrentados con los recuerdos de Constanza y Basilea, opusieron una política de moratorias al deseo de la cristiandad, de que se hacía abogado exigentísimo Carlos V, que sentía que Alemania se perdía definitivamente para el catolicismo. Por fin se reunió el primer Concilio en 1545 en la ciudad imperial de Trento; componíase, al inaugurarse, de menos de cincuenta prelados, casi todos italianos, y lo presidían los legados de Paulo III. En el acto se delinearon los dos partidos que habían de dividir á la asamblea, el de las reformas radicales que empezó queriendo que el Concilio se considerase representante de la Iglesia universal, lo que parecía excluir al Papa, y el de los partidarios de la supremacía absoluta de la Santa Sede; éstos triunfaron y sellaron su victoria con la decisión de que el voto fuera por personas y no por naciones como en Constanza, lo que aseguraba una mayoría permanente á los obispos italianos completamente sometidos al influjo de Roma. Los obispos alemanes, en lucha con la herejía en sus diócesis, no pudieron en su mayor parte concurrir, lo que era un triunfo nuevo para la Curia; sólo fueron obstáculo á ese triunfo los obispos españoles resueltos á oponerse á los abusos pontificales, á pesar de su adhesión á la fe católica.—El Concilio, contra los designios del Emperador, que deseaba que no se ahondase el abismo del Cisma, comenzó por las definiciones dogmáticas; pero también contra los deseos del Papa, que quería que se le reservasen todas las cuestiones disciplinarias y jerárquicas, decidió estudiar éstas. Las comisiones se compusieron principalmente de dominicos, y por ende el espíritu de Santo Tomás de Aquino era el dominante. La primera decisión fué resueltamente anti-protestante: no sólo la Biblia, como los reformados afirmaban, sino toda la tradición eclesiástica, se declaró regla necesaria de la fe; por consiguiente,

toda esperanza de reforma fundamental quedó excluida desde aquel momento; la obra de la Iglesia católica medioeval quedaba así salvada y sancionada. En otro punto resultó irremediable el Cisma: los reformados creían que sólo la fe salvaba; el Concilio declaró que la gracia podía adquirirse por las buenas obras y perderse por el pecado aun cuando la fe subsistiese. Aquí los padres se pusieron resueltamente del lado del libre albedrío, contra la servidumbre fundamental proclamada por Lutero, y salvaban, dadas las creencias de la época, la libertad como base de las acciones morales.— Otras decisiones, aunque importantísimas, eran secundarias al lado de éstas. El motivo principal de las luchas dentro del Concilio fué el propósito de los absolutistas, de subalternar los obispos al pontífice; los españoles, sobre todo, celosos mantenedores de la institución divina del episcopado, fueron promotores de tremendos altercados; mas siempre triunfó el partido que sostenía las facultades omnímodas de la Santa Sede. Por entonces rompieron casi sus relaciones el Papa y el Emperador, y para sustraer á la influencia de éste el Concilio, el partido romano acordó, con pretexto de una epidemia que no existía, retirarse á Bolonia (1547).

Ningún acuerdo tomó el Concilio ó conciliábulo de Bolonia, porque la lucha entre el Emperador y Paulo III que, herido por Carlos V en sus más caras ambiciones de familia, se había aliado con los franceses, no permitió hacer nada. El César vencedor de los protestantes, pero que no quería exasperarlos, se presentó ante el Pontífice, exigente como un emperador medioeval: habló de su misión religiosa y publicó su *interim*, y en él, mientras el Concilio determinaba, admitió el casamiento de los clérigos, aceptó la confiscación de los bienes eclesiásticos y la comunión bajo las dos especies. El Papa protestó, Carlos se mantuvo firme y siguió despojando á los sobrinos de Paulo de sus soberanías italianas; por fin murió el Pontífice, y el nuevo, Julio III, hizo reanudar en Trento las sesiones del Concilio en 1551, contra lo cual protestó el monarca francés. En este segundo Concilio la influencia de los jesuitas es marcada, sobre todo la de Lainez, el alma de la Compañía; su programa, tenazmente desenvuelto, era éste en suma: ninguna concesión á los protestantes, ninguna concesión á los obispos: la Iglesia debía salir del Concilio sin menoscabo de una sola de sus reglas y constituida en monarquía absoluta. Y eso que por voluntad del Emperador había obispos representantes de los príncipes protestantes, en el Concilio, y que por cierto fueron bien recibidos. Pero nada pudieron en materia de reformas esenciales ni aun ayudados por los obispos imperialistas.— El Papa estaba descontento y tenía en Roma más obispos reunidos que los que había en Trento; el Emperador se encontraba en una situación grave, y los embajadores protestantes tomaban una actitud resuelta, mientras los le-

gados del Papa extremaban la presión que ejercían sobre la asamblea; por fin los alemanes, en la imposibilidad de someterse á las condiciones previas, abandonaron Trento, y pronto quedó reducidísima la asamblea que, amenazada repentinamente por el avance de las tropas reformistas contra el Emperador, se disolvió.

Cuando volvió á reunirse el Concilio, el aspecto de la Europa cristiana se había modificado: Carlos V había abdicado, la Reforma había sido reorganizada por Calvino é invadía Francia, Escocia, los Países Bajos, los dominios imperiales; con Isabel, Inglaterra había consumado su separación; á Enrique II que había hecho las paces con el rey de España, Felipe II, para contener el progreso del protestantismo, habían sucedido Francisco II y Carlos IX, que clamaban por una reforma fundamental; de Carlos V fué heredero en Alemania Fernando I, que deseaba que la Iglesia se reconciliase con sus súbditos protestantes; habían reinado papas que, como Paulo IV (Caraffa), juraron odio mortal á los Habsburgs; el rey de España tomaba manifestamente la jefatura del catolicismo, y la dieta de Augsburgo había clamado por la Reforma de la Iglesia, á pesar de que representaba una buena parte de la Europa católica.— Sin embargo, el nuevo Papa, Pio IV y su secretario, el hombre santo y caritativo que iba á ser San Carlos Borromeo, se oponían al movimiento conciliar; pero la decisión del monarca francés de convocar un Concilio nacional y el temor fundado de que esto produjese la emancipación de la Iglesia de Francia, como con la inglesa había sucedido, precipitó la decisión deseada, y la asamblea ecuménica tornó á reunirse en Trento en 1561. Dibujáronse otra vez diversos partidos entre los obispos y teólogos, que reflejaban bien el estado crítico de la Iglesia ortodoxa; el partido imperial sostenía el plan de reformas de Fernando I que obedecía al espíritu de todo el catolicismo alemán, reformas que pueden condensarse así: limitaciones á las facultades de la Curia romana; residencia obligatoria de los obispos en sus diócesis; facultad de dar la comunión con las dos especies; abolición del celibato eclesiástico obligatorio. A este partido unióse el francés que llegó á ser importante en el Concilio y que deseaba la introducción del francés en el servicio divino, el matrimonio eclesiástico, etc.; el partido español tenía el prestigio que le comunicaba el temido Felipe II, y la sabiduría, el celo y las virtudes de los sacerdotes que lo componían; los padres españoles se manifestaron resueltos á obtener, como al fin lo lograron, que el tercer Concilio se declarase continuación de los otros dos, para que no volvieran á discutirse los dogmas que marcaban el abismo divisorio con los reformados, objeto del odio intenso de Felipe, odio de creyente y de rey; pero al mismo tiempo en cuestiones de jerarquía y de disciplina se

mostraban inflexibles; el obispado era, según ellos, de institución divina, y el Papa no era más que el primero entre sus iguales; por eso sostuvieron y perdieron las cuestiones relativas á la residencia obligatoria de los obispos.— El Papa había nombrado cinco cardenales legados presididos por Hércules de Gonzaga y eran todos hombres eminentes; alguno de ellos, Simonetta, era en realidad el director del partido italiano ó de la Curia, enemigo de toda reforma fundamental; impulsado por Roma y explotando las divisiones y las debilidades de los otros partidos con habilidad suma, logró que el Concilio, en su obra total, resultase eco fiel de las voluntades é inspiración del Pontífice. Algunas veces las discusiones tomaron el carácter de *meetings* de energúmenos, dando los obispos italianos el ejemplo de la intolerancia, sobre todo contra algunos obispos españoles, cuya rigidez y orgullo les era insoportable. Los jesuitas, su jefe Lainez, al menos, tomaron un carácter resueltamente opuesto á la independencia de los obispos, lo que produjo no poco escándalo. Por último, en Diciembre de 1563 terminó el Concilio sus sesiones; sus decretos fueron admitidos con reservas en España, que creía ver disminuída la influencia del monarca en la Iglesia; en Francia no llegó á ser formalmente aceptado. En conjunto, la obra del Concilio fué excelente para el catolicismo; en la inmensa confusión de ideas y doctrinas causada por la Reforma, fijó una pauta segura que produjo la perfecta cohesión de las creencias ortodoxas; vigorizó la organización de la Iglesia, diferenciándola esencialmente de la medioeval, puesto que afirmaba la superioridad del Papa sobre los Concilios; el obispo de Roma fué en realidad el obispo universal y todos los obispos debían depender de él, como si sólo tuvieran una partícula del poder total del Pontífice; en compensación se robusteció la autoridad episcopal en las diócesis. La organización de los seminarios, en donde tomó gran incremento la influencia de los jesuitas y la reforma en las costumbres monacales, produjeron un admirable renacimiento en el seno del catolicismo y contuvieron definitivamente los avances del protestantismo.

3. *Calvino; su doctrina; la teocracia cantonal de Ginebra.*— En su elocuente y magistral biografía de Calvino, dice Guizot: «Sincero en su fe, puro en sus motivos, austero en su vida, potente en sus obras, es de los que han merecido su gloria, y cuyo carácter é historia no pueden sondearse, á la distancia de tres siglos, sin tributarles, ya que no una tierna simpatía, al menos una profunda y respetuosa admiración.» ¿No ciega al gran publicista una imprescindible pasión de sectario?— Jean Calvin nació en Francia en 1509, de una familia de flamantes burgueses; un hermano suyo fué un sacerdote incrédulo, su padre un hombre de fe empleado de la Iglesia; él fluctuaba, como

fluctuó su siglo, entre los horizontes de libertad abiertos por el renacimiento pagano y los hervores de reforma moral suscitados por la disolución inminente del cristianismo; estudió en los liceos de París y luego fué nombrado cura de dos parroquias, aunque no estaba ordenado, y en ellas adquirió fama como predicador; ya entonces era un heresiarca. Por voluntad de su padre se consagró al estudio de las leyes, que hizo con éxito extraordinario bajo la dirección de algunos de los más notables juriconsultos franceses y, ganado completamente á la causa de la Reforma, cuando sólo tenía veinticinco años renunció á sus curatos, vendió sus bienes y se preparó á la lucha, peligrosa ya por extremo, pues la éra de la persecución había empezado para el protestantismo.— Calvino, así le llamaron los españoles, redactó entonces, en su retiro de Basilea, su libro titulado: «Institución de la religión cristiana,» que dedicó valientemente á Francisco I; con esa obra nació la mayor disidencia que había de dividir al mundo reformista. Rechazando la tradición eclesiástica, en parte reconocida por Lutero, admitía, como sola regla de fe, la Biblia, y daba así un carácter más absoluto y más intolerante á la herejía. De la Biblia infería el austero sectario este dogma fundamental: «Nada es el hombre sin la gracia; sus méritos y sus culpas nada significan; Dios da la gracia libremente, y desde el fondo de la eternidad ha resuelto quiénes la recibirán, quiénes no; Dios predestina al hombre al bien ó al mal.» Este dogma sombrío y fatal de la *predestinación*, injusto, duro y profundamente inmoral, desde el punto de vista humano, equivalía á querer resolver, adoptando un extremo, el insoluble problema metafísico y cristiano de la antítesis fundamental entre la libertad humana y la omnisciencia divina. «Si Dios lo sabe todo, ¿cómo ha de ignorar lo que hará la criatura? ¿cómo ha de hacer la criatura otra cosa que lo que Dios sabe de antemano? Luego la criatura no es libre, porque está *predestinada* al bien ó al mal. Luego las buenas obras son inútiles; basta la fe, señal de la gracia.» A las poderosas objeciones que suscitó su doctrina, Calvino opuso la cólera, la injuria y este subterfugio: la virtud es la señal de la predestinación al cielo.— El calvinismo prestó á sus adeptos una fuerza extraordinaria, como el islamismo á los suyos; además, como no admitía el sacerdocio individual, digámoslo así, sino que la fuente de todo poder eclesiástico era para él la comunión de los cristianos, es decir, la Iglesia misma y no el príncipe ó el Estado, como afirmaba Lutero, pronto su propaganda, poniendo en plena fermentación los elementos democráticos, comunicó nuevo vigor al protestantismo y lo convirtió en un factor político de primera importancia.— Calvino hizo un viaje á Italia; ahí la Reforma encontraba, como ya hemos dicho, algún séquito en el clero mismo, en el Sur, gracias al impulso

del español Valdés, dulce y apasionado creyente en un cristianismo humanitario, que tuvo entre sus fieles á la famosa Victoria Colonna, la gran señora, la célebre poetisa, la amiga inmortal de Miguel Angel, y en el Norte á Renata de Francia, duquesa de Ferrara, que había hecho de su corte un asilo de letrados y disidentes. El Papa, llamando al cardenalato á los altos dignatarios eclesiásticos que se inclinaban manifiestamente á las ideas nuevas (Contarini, Sadolet, Reginaldo Pole), y Carlos V dando á la Inquisición la señal de la persecución resuelta en Italia, desarmaron ó extirparon la propaganda; Calvino huyó á Francia y al fin se fijó en Ginebra, importante centro industrial ya, y que el rígido apóstol debía convertir en la *Roma del protestantismo*.

En Ginebra, ganada de antemano á la causa reformista, era ya conocida la *Institución* de Calvino, que desempeña un papel tan importante en la historia de las letras francesas, como la traducción de la Biblia de Lutero en la de las alemanas, por lo que ambos han podido ser llamados los fundadores de la prosa en sus respectivos países. Un fanático del protestantismo, el francés Farel, fué el principal apoyo de Calvino, quien tenía por opositores no sólo á los católicos sino á los partidarios de la tolerancia y de la libertad, por lo que se les llamaba *libertinos*.—No reharemos la historia de las luchas de Calvino en Ginebra; derrotado y expulsado en los comienzos, volvió triunfante; atacado por el protestantismo que reconocía á Zwingli como fundador, tuvo que pactar con él en Zurich, en donde se reconoció el misterio Eucarístico, verificándose el milagro, no por las palabras del sacerdote, sino por la elevación mística de las almas de los fieles hacia Dios, punto que hizo irreparable la separación entre calvinistas y luteranos.—Calvino en sus libros, sus sermones y sus escuelas continuó la propaganda; empeñado en hacer de Ginebra una ciudad modelo, recurrió á todos los medios para reformar las creencias y las costumbres; director del *Consistorio*, aquel hombre de férreo carácter estableció una teocracia municipal más intolerante que la pontifical: la excomunión, el destierro, el tormento y la muerte, eran sus medios de combate contra el error y el mal; naturalmente Calvino se reservaba la calificación de las acciones.

Pocas veces ha presentado la civilización en sus anales un tipo más completo de abominable tiranía que el creado por Calvino; la sexta parte de los ciudadanos de Ginebra fué perseguida, y la trigésima séptima condenada al destierro ó al cadalso. La ciudad parecía un convento; mientras Calvino á fuerza de vinos generosos conservaba su salud minada por la anemia, nadie encontraba salud fuera de las doctrinas de Calvino; el culto desvestido de toda la espléndida exterioridad del catolicismo, era puntualmente seguido por todos

día á día y ¡ay! del tibio ó el desidioso; un ginebrino tenía que ser santo ó perder la patria ó la vida. Este sombrío é implacable fanatismo es el de los *gueux* de Guillermo de Orange, en Holanda; el de los presbiterianos de Knox, en Escocia; el de los puritanos de Cromwell; todos eran calvinistas.

La víctima más conspicua del régimen de Calvino en Ginebra, fué el eminente pensador español Miguel Servet; teólogo reformista, dice Menéndez Pelayo, predecesor de la moderna escuela racionalista, filósofo panteísta, médico, *descubridor de la circulación de la sangre*, geógrafo, editor de Tolomeo, astrólogo perseguido por la Universidad de París, hebraizante y helenista, estudiante vagabundo, controversista incansable, á la vez que soñador místico, la historia de su vida y opiniones excede á la más complicada novela. Después de haber sembrado semillas de originalísimas ideas en todos los ramos del saber, Servet se consagró á la redacción de una especie de enciclopedia ó cosmos teológico-filosófico que llamó *Restitución del cristianismo* (véase en los Heterodojos de M. P. el análisis de esta obra); en ella exponía sus ideas anti-trinitaristas, atacaba á los luteranos por su negación del libre albedrío y publicaba su correspondencia con Calvino, atacándolo con fuerza y rudeza increíble. Lo que es más espantoso para la memoria de Calvino que el suplicio de Servet, es el hecho innegable de que denunció á su enemigo á los tribunales eclesiásticos de Lyon, en donde Servet había publicado su obra; perseguido y errante el gran hereje español, acertó á entrar en Ginebra, sin saberlo; Calvino, con feroz premura, lo acusó y lo hizo juzgar y sentenciar á la hoguera: no es Calvino el culpable, exclama un pastor protestante, es toda la Reforma. Sí es culpable Calvino, sí es culpable quien siembra el dolor y la muerte en nombre de la piedad cristiana. Así era el tiempo, es cierto; mas esto no es circunstancia exculpante, sino explicante; así era el tiempo; ¿en qué rincón del catolicismo ó del protestantismo encontraba un eco entonces la divina súplica de Jesús: perdónalos padre mío, no saben lo que hacen?

El Calvinismo fué la forma de la herejía en Escocia, en Holanda, en Francia; en todas partes armó con su espíritu de combate á los grupos de disidentes; ya no se trataba de esperar, como quería Lutero, sino de obtener el triunfo de la causa por medio de la organización rígida de los grupos reformados y por la lucha armada. La Reforma, tal como Calvino la concebía, es directamente enemiga del Renacimiento; nacida de él, acaba por renegar y maldecirlo.

4. *Felipe II y María Tudor. Organización del absolutismo. La Inquisición. Hegemonía política del Rey de España.*—En torno de Felipe II se ha formado una leyenda, que no ha costado poco trabajo desvanecer á la historia. El *demonio del mediodía*, como en los Países Bajos le llamaron,